

ha hecho Madrid. Madrid es mi patria. Yo he vivido en Madrid los mejores años de mi vida (si hemos de creer que sea la juventud la mejor); Madrid es único; creo que es la ciudad de más personalidad de Europa. Pequeño y con muchas calles intran-sitables de pavimento. Claro está que vengo de Londres, donde los ayunta-mientos son lo más serio de esta vieja Europa. En ese sentido, ni París pue-de compararse a Londres.

Pero hasta eso perdono a Madrid; estoy dispuesto a perdonarlo todo. ¡He gozado tanto con su luz, su gente, la cordialidad de los amigos, la vista de esas admirables siluetas de chicas, obre-ras sin sombrero, tan bien peinadas y calzadas y tan graciosas andando, que no estoy para pararme en criticar al Ayuntamiento! Madrid me ha en-cantado... Un poco me achica, me acobarda, esa profusión de cúpulas en las nuevas construcciones. Esa can-tidad de caballos que se precipitan desde las cúpulas monumentales. Me intranquiliza pasar por la antigua es-quina del Suizo; paso agachando la cabeza; pero me acostumbraré, me acostumbraré, y Madrid no tendrá un pero. Y del viejo Madrid, de su paisaje, de sus puestas de sol, de su ambiente..., no he salido aún de mi admiración.

Me pregunta usted qué pienso hacer, si me pienso quedar; y a eso le contesto que sí, que lo deseo con toda mi alma, y a poco que pueda, lo haré. Yo no he sido nunca niño pro-digio (ya sería imposible), y además necesito mucho tiempo para saborear las cosas. Odio al viajero; aunque no me lo haya usted preguntado, se lo digo. Me gusta llegar a un sitio y formar parte de él y vivirlo con calma. Y como caiga en Madrid, será ya de-finitivamente. No quiero probar más.

Mire usted: cuando yo tenía diez y ocho años (no quiero decirle cuán-to hace aunque me lo pregunte), en Málaga, me decían: «Usted debe irse a Madrid; allí hay «más campo», allí se gana dinero con caricaturas». ¿A qué voy a contarle? A tres pesetas, Bagaría, y lo más a duro, se pagaban estas cosas. Luego, en Madrid, me dijeron: «París; ese es el sitio para usted». Tampoco, amigo, tampoco; pero allí me aconsejaron Londres. No por la salud; yo de salud siempre he estado bien, gracias. Por lo de las li-bras esterlinas que pagan los periódicos... No lo pruebe usted; es muy arriesgado también.

Ahora, que Londres es tan fantás-tico, que se encuentra de todo, y yo he hecho todo lo imaginable: dibujos, retratos al óleo, con aceite y todo; tablas en madera... En fin: hasta he dado conferencias en español. ¿Qué más se puede pedir? Y hemos vivido

los siete, los niños y los padres, y he-mos llegado hasta Madrid de vuelta, y no estamos mal «presentados», después de todo. No me puedo quejar.

El otro día, un amigo, con quien hablaba en la calle de Alcalá, me decía: «Usted debía irse a América, a Nueva York...» «¡Hombre, por Dios, déjeme usted descansar del viaje! Acabo de llegar, y además—le dije—, ¿qué ocu-rriría si yo desflorase el mundo entero en esto de la caza por las pesetas o las libras o los dólares...? Quiero ya mo-rir con la ilusión de que si no muerdo es por no haber probado un últi-mo paraíso que el mundo tiene reser-vado a los caricaturistas. Porque per-diendo este encanto en este mundo, no nos quedaría más que el planeta Marte, y está demasiado lejos».

Voy a trabajar en Madrid, y si el paso de la frontera, que yo recomien-do, y atravesar el canal de la Mancha no me han servido para aprender algo, crea usted que no es mi culpa.

En inglés se dice cuando alguien sale a alguna empresa: «Be good; if you can't be good, be careful». O lo que es lo mismo: «Que seas bueno; y si no puedes ser bueno, ten cuidado».

* *

Trataré de ser buen dibujante, y si no lo consigo no será por falta de haber puesto todo mi interés en ello.

Y que Dios le guarde, amigo Baga-ría, y a todos.—*F. Sancha*».

* *

Querido Sancha: Después de leer su carta contestando a las preguntas que yo le hice, tengo que hacer un pequeño comentario.

Buena y optimista contestación.

¡Qué alegría produce hallar un cre-yente amigo de la grandeza de nuestra patria! ¡Quién pudiera conseguir este optimismo, amigo Sancha! Mas temo y (ojalá me equivoque) que, con el tiempo, cuando vuelva a anidar en este suelo, cambie de criterio; que no basten a su ambición el bello sol de nuestra tierra ni los pintorescos ciuda-danos que la habitan. Hay algo muy triste que vive debajo de lo pintoresco español: una acorazada insensibilidad que hace a los españoles sordos a todo interés de justicia. No quiero sacar a relucir ejemplos; todos, más o menos, los sabemos, y como unos se enredan en otros, correríamos el riesgo de ha-cer una lista interminable.

Usted me replicará que le interesa el carácter de nuestra raza. Confor-mes. ¿Pero usted cree, exquisito artis-ta, que no llegará un día en que se conmueva e indigne descubriendo a través de este carácter cierto embrute-ciento moral? Como hombre, sentirá el sonrojo, y quién sabe si sentirá haber abandonado Londres. ¡Ojalá llegue usted en una hora de ventura en que encaminemos nuestros pasos patrios por diferentes caminos de los andados hasta hoy!

Y perdone, Sancha, este pesimismo mío, tan amargo, al lado de su opti-mismo, tan risueño y que le reco-miendo conserve. El escéptico o el pesimista, no hace; en cambio, el otro es el que produce. Por tanto, ame usted mucho a nuestra tierra y tenga en ella mucha fe. Esta fe le hará pro-ducir con entusiasmo.

Sabe usted que tiene un viejo amigo que le quiere en

LUIS BAGARÍA

(*La Voz*, Madrid).

Optimismo oficial

TRATANDO de la filosofía del cínico pesimista—aunque cínico y pesi-mista suele querer decir, en len-guaje corriente de sentido común, lo mismo—, Emilio Faguet, de la Academia Francesa y profesor en la Sorbona, escribía: «Esta filosofía des-encantada, muy aceptable, sin duda, y hasta útil en cuanto hace reflexio-nar sobre lo poco que valemos, un poco odiosa, sin embargo, porque es siempre la de las gentes que han sido demasiado dichosas, saludable todavía a este título porque muestra lo que se hacen estos dichosos según el siglo que tenemos a las veces la tontería de envidiar, sea lo que fuese, en suma, y de cualquier manera que se juzgue, no ha tenido representante más inge-nioso, más mordaz, más negro, más sombrío, y más brillante en cuanto a

la expresión de que se reviste, que el dichoso, adulado, pensionado, acari-ciado, celebrado y desdichado Nicolás Chamfort».

Que sean los que el siglo—«todo el mundo», o los del sentimiento común, parejo en lo moral al sentido común en lo intelectual—, los que el siglo llama dichosos, afortunados o felices, aquellos de quienes se cree que han lle-gado, los que den el contingente de los tenidos por pesimistas, es enteramente natural. Y viene sucediendo desde Salomón, y aun desde antes. Como que toda la tan decantada sabi-duría de Salomón no es más que pesi-mismo. Y Salomón comparte la fama popular de sabio, aquí, en España, con un español, Séneca, que era, en rigor, otro pesimista. Y con Lepe, que no sabemos bien lo que fué.